

Frente libertario

Madrid,
25 de diciembre
de 1937

Número 357

editado por el comité de defensa confederal = región centro

MISION Y MORAL DE LOS HOMBRES QUE OCUPAN LOS CARGOS DE RESPONSABILIDAD

A más importancia del cargo que se ocupa, más abnegación en el cumplimiento del mismo. Esa es la fórmula de los revolucionarios

La Revolución en marcha,

que estamos viendo desenvolverse en la realidad política y social de la España de hoy, implica una serie extensa de premisas fundamentales que no pueden olvidarse por nadie, en ningún momento. Son las premisas que llevan aneja una voluntad firme y tensa puesta al servicio de las ideologías, de los anhelos y de las aspiraciones por las que tan generosamente derrama su sangre el proletariado español. Son los postulados enérgicos, viriles, que se basan sobre la necesidad ineludible de una abnegación y de una austeridad, a prueba de todos los sacrificios la primera y a prueba de todas las voluptuosidades y de todas las ambiciones la segunda. Son aquellas condiciones que deben reunir de una manera obligada—si quieren servir a la Revolución— todos aquellos hombres que se encuentran al frente del desenvolvimiento político y social de nuestro pueblo en lucha contra sus enemigos seculares.

Ahora bien: no todos los hombres a quienes sus camaradas de ideología y de trincheras han elevado al puesto que ocupan recuerdan exactamente esta necesidad que

imponen de consuno la guerra y la Revolución. No queremos herir susceptibilidades de ningún género. Pero sí pretendemos que todos aquellos hombres sobre los que pesan las grandes dificultades de la hora que vivimos examinen atentamente, imparcialmente, su conducta y hasta su manera de pensar. Que repasen después los principios revolucionarios por los que tantos

años ha luchado la gran mayoría de ellos. Y que después comparen, sí, que comparen, unos y otros, y vean si su actuación en los cargos de responsabilidad que desempeñan se ajusta exactamente a la fe revolucionaria que en ellos ha depositado el pueblo español.

Sí, camaradas, sí. Porque es preciso tener siempre presente, bien presente, que los cargos atribuyen, no derechos,

sino deberes, fijaros bien, deberes. Duros y rígidos deberes que atender. Inflexibles deberes que cumplir. Eso es lo que es preciso tener en cuenta. Y que nadie piense, en ningún momento, que un cargo de responsabilidad confiere facultades para vivir la vida cómoda y regalada de los antiguos dominadores. Y posibilidad de mirar con altivez, con desprecio, a quienes siguen

formando en las filas interminables de los humildes.

Quien no comprenda esto, no es digno de llamarse revolucionario ni de formar junto a los trabajadores españoles en su lucha por la Libertad. A más importancia del cargo que se ocupa, más abnegación en el cumplimiento del mismo. Esa es la fórmula, la única fórmula de los revolucionarios, de los leales.

AISLAMIENTO

Es cosa chocante el juego a que se entrega la propaganda de la prensa dirigida, bien por los Estados totalitarios que la tienen a sus órdenes, o bien por las empresas capitalistas, a fin de provocar enemistades entre naciones que se consideran ligadas por compromisos firmes, y poder vanagloriarse realmente de ser el cuarto poder, según se viene afirmando desde hace tiempo.

A poco que uno se dedique a hojear esa clase de prensa subvencionada, salta a la vista un nombre cualquiera, más o menos conocido, que se pasa los días haciendo artículos sobre el mismo tema.

Sin embargo, hay veces en que esta faena resulta peligrosa para el mismo autor, como le ha sucedido a ese corresponsal en París de "La Tribuna" de Roma, el cual ha sido llamado tan enérgicamente al orden por las autoridades fascistas, a causa de un artículo en el que se decantaban las excelencias de una probable aproximación italo-francesa, que le ha costado tener que presentar fulminantemente la dimisión de su empleo.

Mussolini se muestra ahora más que nunca celoso de cumplir la amistad sellada con Hitler; quiere a toda costa que nadie tenga que reprochar a los italianos ni la más ligera sombra de traición en sus compromisos. La rotura de la Triple alianza al comienzo de la guerra europea, es cosa que muchos alemanes no habrán olvidado fácilmente; y aquel sucio comportamiento pesa aún sobre el idilio que han querido entablar los dos maduros dictadores.

Por eso en Italia se mantiene avivado durante estos días el fuego del sordo rencor contra la hermana mayor latina. Han vuelto a ser desenvainados aquellos puñales que "un día conocieron los tudescos y que

ahora han de probar los franceses" de la báquica canción que ha sido entonada por las camisas negras en Italia, con motivo de los grandes comicios en que el duce sabía exaltar a sus secuaces con vibrantes párrafos de acerada francofobia.

Vuelve por lo visto a reproducirse aquel borrascoso clima de toda Italia en pie contra los odiados enemigos fronterizos, ya del este, ya del occidente; pero ahora, con una amenaza de aparato bélico que tal vez haya dado origen a esos alarmantes rumores de que el armamento italiano es imbatible, valdría la pena de obligar a Mussolini a que lo desenvainara.

Hemos desconfiado siempre de las jactancias fascistas, y esta vez no creemos hallarnos muy descaminados. Para nosotros, Mussolini es el primero que siente pánico ante una guerra grande, y ese complejo de inferioridad le hace pronunciar amenazas de chico aporreado contra las naciones que sabe son más poderosas que Italia.

De ahí su acatamiento servil a las órdenes de Alemania; su estúpida alegría porque Japón va sometiendo, a costa de la propia ruina, a un pueblo casi indefenso; y, si se trata de Inglaterra, esas reacciones histéricas con que va registrándose en Italia el más leve movimiento hacia ella de los gobernantes británicos.

Sólo para Francia guarda su odio concentrado, su envidia, su encubierta rivalidad.

No podrá perdonar jamás a la vecina República el haber dado acogida a los varios centenares de miles de italianos antifascistas, que el día que un conflicto armado estallara entre

Al pueblo de Madrid

Pronto entraremos en el dominio del Año Nuevo, celebrado por todo el mundo, aunque de maneras distintas. Nosotros dedicaremos aquellos días al NINO, símbolo de la víctima inocente de la brutal invasión fascista.

S. I. A., palabras que evocan la Humanidad, el Cariño y la Moral, no puede trabajar aún en el remanso de la Paz y tiene que defender y ayudar a los NIÑOS, que son sagrados para todos, a los NIÑOS que hacen gozar y sufrir a los combatientes por nuestra Libertad.

S. I. A., expresión viva de esta ayuda, abre sus brazos a sus hijos, celebrándoles y obsequiándoles con toda dignidad humana, y para ello, y por iniciativa nacida del ambiente más sano del pueblo antifascista, este Consejo Local organiza la SEMANA DEL NINO, coincidente con la del 2 al 9 del próximo mes de enero.

El NINO no fraternizará nunca con aquel que le niegue su cariño; mata más al NINO la indiferencia que el hambre, y S. I. A., para ellos, sólo para ellos, para los hombres del mañana, redentor de las clases oprimidas, os pide que colaboreis en su obra, con vuestros donativos, con vuestras entregas de todo aquello que las circunstancias actuales ponen lejos de las posibilidades de las atormentadas familias de los NIÑOS, dirigiéndoos a este Consejo Local de S. I. A. (Génova, 29), antes del día 30 de los corrientes, con el fin de que podamos recoger vuestras aportaciones a tan humanitaria labor.

Nosotros, por nuestra parte, confiamos en el completo éxito de la SEMANA DEL NINO, a cuya brillantez contribuiréis en lo mucho que puede hacer vuestro sentimiento de hombres antifascistas y amantes fervientes de la SOLIDARIDAD que S. I. A. representa y articula.

Vuestros y del antifascismo.

Por el Consejo Local:
EL SECRETARIO.

las dos naciones latinas serían los primeros en marchar contra los verdugos de su patria. Y será inútil cuanto se intente para aplacar por ahora este erizado encono. Comprendemos, sin embargo, la pegajosa insistencia con que Pierre Dominique trata de romper, desde las columnas de su periódico, el eje Roma-Berlín, a fin de obtener literariamente otro aislamiento más de los muchos que tiene planteados la diplomacia. Vana aunque laudable tarea.

Esas soldaduras, hechas a la desesperada, como las uniones de los naufragos sobre el mismo islote desierto, sólo puede destruirlas una poderosa fuerza de corrupción que,

prometiéndolo a unos más que a otros salvarlos del peligro, consiga despertar en ellos la rivalidad que nunca falta.

Y nosotros hemos deducido, de las lecturas históricas, que existe una gran nación, maestra en tales mañas y capaz, por lo tanto, de adjudicarse la victoria, antes de haber dado comienzo a la pelea.

Cyril Connolly ha escrito sobre la muerte de Durruti en "Tre New Statesman":

"¿Por qué medio millón de personas se lanzó ese día a la calle bajo la lluvia, caminando silenciosamente en filas de veinticinco, trepando a los árboles, apiñándose en los balcones, para ver el féretro de este hombre, transportado a hombros a lo largo de un recorrido de seis horas? Si pudiera contestarse a esta pregunta, penetrando en el fondo de los cálidos elogios, tal vez se comprendería algo de la Revolución española."

VISADO POR LA CENSURA

Frente libertario

La labor de captación de las colectividades campesinas

Ni siquiera entre los hombres que en todo momento tienen en sus labios la palabra Revolución se ha llegado a comprender con toda exactitud el significado de las Colectividades campesinas, y de los medios y formas según las cuales debe convencerse y no obligarse a los campesinos pequeños propietarios o simplemente reacios a ingresar en las Colectividades, de las ventajas que éstas reportan y de los grandes inconvenientes que para su propia subsistencia tiene el permanecer ajenos a las mismas.

Esta labor de convencimiento, de captación del campesinado español es la primera y principal de todas las que incumben a quienes en estos momentos iniciales, de febril organización, se encuentran al frente de las Colectividades campesinas. Pero esa labor ha sido en muchos casos mal pensada y peor realizada. En múltiples ocasiones, los camaradas que se han encontrado al frente de una Colectividad campesina, han intentado y aun han puesto en práctica métodos más o menos violentos, coercitivos, para obligar y no convencer al ingreso en las Colectividades.

Ha habido muchos casos —desgraciadamente, hay que hablar en estos términos— en que se ha negado el pan y la sal a quien se encuentra fuera de la Colectividad. Por el hecho de no haber ingresado en la misma, se les ha considerado poco menos que enemigos y se ha dificultado por todos los medios el desenvolvimiento de esas personas que en la inmensa mayoría de los casos tenían más de ignorantes, de incomprensivos, que de malintencionados.

Recientemente hemos conocido el caso de una mujer a la que se le negaba incluso lo más elemental para vivir; y ante la pregunta de por qué se obraba así, encontramos una respuesta que quien nos la daba creía definitiva: "Si no está en la Colectividad." Naturalmente, pensamos en el mismo momento de recibir semejante explicación, que ese procedimiento sirve para todo menos para convencer. Así, pueden conseguirse enemigos de las Colectividades, pero no gentes dispuestas a colaborar con su esfuerzo y con todos sus medios al progreso de las mismas. El campesino español que se encuentre en esas condiciones de vida, será un obligado, pero jamás un convencido. Y en la primera ocasión propicia que se presente, tratará por todos los medios a su alcance destruir la Colectividad, cosa que, en fin de cuentas, no será más que la traducción a la práctica de un claro instinto de defensa, incluso de legítima defensa nos atreveríamos a decir.

No, compañeros, no; no es ése el camino ni el método adecuado para conseguir un desarrollo floreciente de nuestras Colectividades campesinas.

Precisamente a quien está fuera de la Colectividad es a quien hay que atender para atraerlo, para convencerlo, para lograr que ingrese de buena fe, por su propio impulso, en la Colectividad naciente.

El ejemplo nos lo dan las numerosas y magníficas Colectividades campesinas que en España existen ya; la tónica ha de ser siempre el libre impulso y jamás la coerción ejercida de una u otra manera, y manifestada en una u otra conducta.

Porque jamás debemos olvidar que la Colectividad ha de ser suma de esfuerzos voluntariamente aportados por todos, y no imperio de unos caciques de nuevo cuño que se convierten en dictadores de nuestras aldeas y de nuestros campos.

CRATER

¿Nochebuena?

"¡Fora festes! Imposen un calendari de guerra."

(Un cartel del P. S. U.)

Hubo el invierno pasado una decepción: la nochebuena. No se trata de que la nochebuena de 1936 —primer año de la guerra y también de la Revolución, aunque ya quiera olvidarse— fuese buena o mala, sino de que fuese, simplemente, de que existiera y permaneciese impresa con cifras encarnadas de fiesta en los almanaques. La decepción estuvo en el hecho imprevisto de reconocer la nochebuena, de pronunciarla con mayúscula y de celebrarla. Porque cuando el pueblo estaba aún esperando esa versión nueva de España que íbamos a darle, y cuando aún no se habían deshecho en los aires los flecos de las palabras de julio, las esquinas de diciembre se abrigaron con los carteles de la nochebuena y a las casas llamaron los nudillos del aguinaldo. La nochebuena se salvó, saltando del armatoste volcado de los trastos viejos, derrotándonos inesperadamente. Y la festejó todo el mundo indigestándose, embriagándose, como antes. Sin zambombas únicamente, porque las habían eclipsado las piezas del quince y medio.

En 1937—segundo año de la guerra—va a volver a festejarse la nochebuena. Ya se anuncia otra vez en las fachadas, apollilladas de cañonazos. Pero en 1936 se puso un nombre, algo trasnochado, de emboscado: se llamó "La Nochebuena del Miliciano". Ahora ni siquiera se disfraza: se llama nochebuena a secas. Y recobra su antiguo carácter. La nochebuena de 1937 vuelve a ser la fiesta de la glotonería y de la borrachera callejeras, la fiesta del estómago. No importa que los escapates sean desvanes, que las tiendas estén heladas por la ausencia de las calorías empaquetadas y embotelladas, que las cocinas se hallen,

Flechazos

Sangre. Sangre. ¡Sangre y lágrimas, eso es el fascismo! Muerte, sangre y lágrimas en la Andalucía brava, de claveles rojos, de arena roja. De mozas bravías con geranios en el cabello. De mozas que esperan—y esperan a la puesta del Sol— a la puerta de la casa, junto a la reja con macetas de claveles en flor, al mozo gallardo que vuelve del cortijo sobre la potra inquieta y que vuelve a verla, que espera y espera apoyada en el quicio con sus pies cruzados y la vista, ¡ah la vista!, en la lejanía espiando el camino, viendo la potra inquieta que avanza y avanza, y sobre ella el mozo.

Sangre, muerte y lágrimas en la Extremadura de los latifundios, hoy regados, aunque estepáreos, con la sangre rebelde de los hombres rebeldes y con las lágrimas del corazón de los hombres que corazón tenían.

Sangre, muerte y lágrimas en la tierra del Cid. ¡Oh, tierras del Cid!

Sangre, muerte y lágrimas en Galicia, ¡en nuestra Galicia de mujeres prematuras y hombres laboriosos!

Sangre, muerte, hambre y lágrimas en Asturias. En la Asturias del proletariado y nada más que del proletariado. ¡No; no hablaremos de ti hasta que seas nuestra, hasta que te merezcamos.

Sangre, muerte y lágrimas en Euzkadi, pero Euzkadi vive. ¡Gora Euzkadi!

Aragón uno, Aragón único. Muerte, sangre y lágrimas, pero te estamos desecando. ¡En pie Aragón; pronto serás nuestro y nada más que nuestro!

¡Españoles: los hijos de los bravos huelguistas de Zaragoza son prisioneros del fascismo, por ellos a ¡Zaragoza!, por Andalucía, por Extremadura, por Castilla, por Galicia, por León, por Asturias, por Vizcaya, por Guipúzcoa, por Navarra, por España, por la libertad de España, españoles, a Zaragoza, a Zaragoza!

¡Por Español! ¡Por la F.A.I.!

Buen golpe el dado por tierras de Aragón. Gran golpe el asestado en tierras de Aragón. El que en momentos de confianza y en las personas de confianza ha recibido la Italia que paga, la Alemania que asesina y el Franco que se vende, no es, no, no es, como para levantar cabeza. Es, sí, para levantar el vuelo, para tomar las de Villadiego en busca de tierras en las que no prevaleció o en las que no se dejó prevalecer la semilla de los ideales que libertan esclavos, que hacen rebeldes, protestatarios, revolucionarios, hombres.

Y del rebelde, del hombre, del revolucionario, del faísta, un militar de los que no vuelven la espalda, de los que hacen pagar caras sus vidas, y de los que, caballerosos, generosos y altaneros, vuelven, y vuelven siempre—por Iberia para Iberia—con la aureola del triunfo que engrandece a España, que engrandece a Iberia.

El dado por el telegrama que el gobernador general de Aragón dirige al Peninsular de la F. A. I., deja, sí, claro que deja, a todos los arqueros que en la prehistoria, en la historia o en el futuro puedan dar, en situación de desventaja. ¡Arqueros, callar!

¡España es tan rica! Los españoles somos tan grandes, que en España hay para los alemanes, para los italianos y hasta para los españoles de la Guardia Civil, falangitas y requetés. ¡Oh, si España se queda con el Sol!

¡Siga! ¡Siga, señor gobernador! ¡Por España, por la F. A. I. ¡Siga! ¡Siga!

LOS FACCIOSOS

He aquí una denominación acertada que se va abriendo camino en otros idiomas, con las mismas letras que nosotros la empleamos. De algo nos ha de servir esta notoriedad que la guerra nos presta. Había dado ya la vuelta al Mundo nuestra famosa interjección de "¡No pasarán!", y cuando está bien difundida y acreditada por la seriedad con que sabemos cumplirla, se presenta ese otro calificativo, constituyendo la síntesis del desprecio que sus agraciados inspiran, y corre también de boca en boca y de pluma en pluma, para significar la servidumbre de toda tiranía. Y hasta los más acérrimos enemigos de nuestra causa, no tienen inconveniente en emplearlo para bautizar a aquellos que se comportan indeciblemente con sus deberes de ciudadanía.

Tal le ha sucedido en esta ocasión al seráfico "monsieur" De Kerillis, quien, no encontrando, al parecer, en el rico argot de los bajos fondos parisienses, un epíteto contundente que aplastara de una vez a los aviesos "cagoullards", no ha tenido reparo alguno en calificarlos de "facciosos". Y ahora no sabemos si para el brillante cronista de "L'Epoque" semejante adjetivo es un grosero insulto, un término del código militar que está marcado con cuatro tiros o simplemente una prueba de estimación que ha querido dar a esos intrigantes franceses, comparándolos con los traidores españoles hacia quienes dirige todas sus simpatías.

Probablemente el asunto estriba, para los que obedecen a las órdenes emanadas de las empresas capitalistas, en irse agrupando más o menos secretamente, a fin de constituir en el menor tiempo posible

una asociación de fuerzas con que oponerse a la marcha arrolladora de los pueblos que no quieren seguir viviendo bajo ninguna dictadura.

Y hace sospechar que así sea, el cuidado que unos y otros ponen en cubrir sus bochornosas acciones, como si se tratara de ocultar algún vicio inconfesable, del que tampoco deben estar exentos quienes han adoptado un nombre tan poco eufónico. "Cagoullards" suena a indignación; y es preferible mil veces el nombre de facciosos, donde todas las suciedades aparecen envueltas como las bolitas de ciertos escarabeos.

Quedamos, pues, en que para el nombre de pila hemos sido mucho más afortunados nosotros que nuestros contrarios; pues rojo lo puede ser cualquiera en cuanto la indignación o el pudor le suban a la cara; pero para ser faccioso se necesita haber trabajado mucho tiempo en las tinieblas de las sacristías, en los sótanos de algunas casas de anticuarios, o entre las ruinas de determinados castillos: allí donde la tradición se reviste de telas de araña y el aire está impregnado de miasmas cadavéricas.

La facción está constituida por los hipócritas, por los que hablan en voz baja, rastreando la vista al mismo tiempo; por los que ocultan las más criminales intenciones con una sonrisa de conejo que viene a ser a manera de pasaporte para el otro mundo; por los que tanto tiempo estuvieron dando pruebas de sumisión a los incautos que ya nada extraña si sirven de escabel para que los extranjeros puedan montar sobre el nombre desgarrado de España, a la que insultan cada vez que la nombran, con ese tono de insolencia que parece salir de la boca de cualquier arriero.

Ellos son los que quisieran encontrarse arriba, cabalgando sobre este pueblo que se ha caído ya de llevarlos sobre sus espaldas. Y como no lo pueden dominar, han contratado gentes para el menester, las cuales actúan por su cuenta. Y no les queda otro remedio, para sentirse todavía en lo alto, que subir a esas tribunas elevadas, puestas de moda por Mussolini, desde donde les gusta dejarse retratar para hacer ver a los papanatas que todavía son ellos los que sobresalen. Con lo que presentan un blanco que inspira a la decapitación.

Talleres Socializados del S. U. I. G.
(C. N. T.)